



**TOPICOS DEL
HUMANISMO**

LA ENCICLICA FIDES ET RATIO REVELACION Y FILOSOFIA

Amalia Bernardini

La Enciclica del Papa Juan Pablo II, de la cual nos ocupamos, ha tenido el mérito indudable de poner de actualidad el tema de la filosofía y el antiguo e inagotable problema de las relaciones entre razón y fe.

En particular, nos ocuparemos del tema de la Revelación, que tiene una importancia particular en el documento.

El cristianismo como religión revelada

Si como filósofos, queremos definir la religión Cristiana, constatamos que el concepto de Revelación involucra su misma esencia.

Nos referimos a que la Revelación representa un conjunto de doctrina no demostrable racionalmente y que se presenta como conocida con los métodos de la autoridad, el *auditus* y la memoria. En el *De utilitate credendi*, San Agustín fundamenta la fe como modo de conocimiento autónomo, que no es ni el conocimiento intelectual, ni, simplemente, la opinión considerada en la aceptación platónica:

"Cree aquel que, impulsado por el peso de una grave y potente autoridad, tiene como verdadero aún aquello que no comprende por medio de razones ciertas. Opina aquel que se convence o más bien que presume saber lo que no sabe.

Lo que entendemos se lo debemos a la razón, lo que creemos, a la autoridad, lo que opinamos, al error. Digo esto para que sepamos que, cuando prestamos fe también a las cosas que todavía no comprendemos, estamos exentos de la presunción de aquellos que opinan.

(...) Si alguien considera con cuidado la gran diferencia que hay entre quien presume saber lo que no sabe y quien cree en aquello que bien sabe que no conoce, siendo, sin embargo, inducido a ello por alguna poderosa autoridad, verá que este evita sabiamente el peligro del error, el reproche de poca confianza y humanidad y el pecado de la soberbia".

Epistemológicamente, el conocimiento de la revelación como fundamento de la fe, se basa sobre el hecho como objeto del conocimiento, no experimentado, ni reducible a esquemas racionales, sino basado en testimonios y documentos. Se basa, entonces, sobre un prudente juicio de probabilidad, fundado sobre el *auditus fidei* y lo que se considera el testimonio absolutamente fidedigno de Dios, cuyo objeto son los contenidos de la Revelación, mensaje que tiene su origen en Dios mismo, y del cual la Iglesia se considera depositaria. "Esta reza la *Fides et Ratio* (cap. I, n° 7) - es una iniciativa totalmente gratuita, que viene de Dios para alcanzar la humanidad y salvarla. Dios, como fuente de amor, desea darse a conocer, y el conocimiento que el hombre tiene de El, culmina cualquier otro conocimiento verdadero sobre el sentido de la propia existencia que su mente es capaz de alcanzar".

Tal conocimiento es parecido al conocimiento histórico y al que rige la administración de la justicia, así como a aquel en que se sostiene la común confianza de la cual depende un enorme número de relaciones humanas.

La perspectiva agustiniana, y de toda la tradición católica, no ve entonces la fe como un simple acto voluntario o emocional, sino como fundada sobre un juicio parecido al juicio histórico, que tiene sus propios fundamentos y exigencias epistemológicas y, además, como se verá más adelante, sobre el *intellectus fidei*, que es la exigencia de un fundamento y de una explicación racional de los contenidos de la fe, aún salvando su carácter de misterio, o, dicho de otra manera, su carácter sobrenatural. La tradición de la Iglesia católica está lejos de las visiones fideístas y emocionales de la religión y de un concepto de la Revelación como "autopistas", según la definición calvinista de la *Sagrada Escritura*.

Esta tradición del *intellectus fidei* es una de las peculiaridades que el filósofo, en cuanto tal, y en cuanto estudioso del significado y valor autónomo de las experiencias religiosas que se han dado en la historia, puede constatar del cristianismo católico como religión revelada insertada en la historia del pensamiento.

En el capítulo IV de la Enciclica, hay un recorrido histórico de los siglos de la Patrística, que muestra las etapas más significativas en el encuentro entre la fe y la razón, entre el rechazo recíproco de la fe y la razón filosófica y el riesgo de la asimilación gnóstica de la fe cristiana a una doctrina humana de salvación, hasta cumplir la obra de los padres de la Iglesia quienes "acogieron plenamente la razón abierta a lo absoluto y en ella incorporaron la riqueza de la Revelación" (*Fides et Ratio*, cap. IV, n° 41).

El texto recuerda que la armonía entre el saber filosófico y el de la fe se cumplió sobre todo en los siglos de la Escolástica, a la luz del *intellectus fidei* anselmiano y en la síntesis tomista entre razón y fe, vistas, ambas, como procedentes de Dios, ya que, como la gracia supone la naturaleza y la perfecciona, así la fe supone y perfecciona la razón (cfr. cap. IV, n° 43). "Esta última, iluminada por la fe, es liberada de la fragilidad y de los límites que derivan de la desobediencia del pecado y encuentra la fuerza necesaria para elevarse al conocimiento del Misterio de Dios, Uno y Trino" (*ibid.*).

Historicidad de la Revelación.

En el cap. I, dedicado, precisamente, a la "Revelación de la Sabiduría de Dios", el Papa insiste sobre la temporalidad y la historicidad del cristianismo y sobre la inserción de la Revelación, y por lo tanto, de la salvación cristiana en el tiempo y en la historia. "La encarnación del Hijo de Dios permite ver realizada la síntesis definitiva que la mente humana, partiendo de sí misma, ni tan siquiera hubiera podido imaginar: el Eterno entra en el tiempo, el Todo se esconde en la parte y Dios asume el rostro del hombre. (...) Con esta Revelación, se ofrece al hombre la verdad última y sobre el destino de la historia (...) Fuera de esta perspectiva, el misterio de la existencia personal resulta un enigma insoluble. ¿Dónde podría el hombre buscar la respuesta a las cuestiones dramáticas como el dolor, el sufrimiento de los inocentes y la muerte, sino en la luz que brota del misterio de la pasión, muerte y resurrección de Cristo?" (n° 11-12).

La Enciclica hace también una breve referencia a un tema muy interesante, que es el del devenir histórico de las manifestaciones de la Revelación, que va alcanzando su plenitud y cita la Constitución dogm. *Dei Verbum*, cuando habla de la Iglesia que camina a través de los siglos "hacia la plenitud de la verdad, hasta que se cumpla en ella plenamente la palabra de Dios". (Cap. I, n° 11).

El tema de la historicidad del dogma se hizo de dramática actualidad, en la vida de la Iglesia, a propósito de la crisis modernista. El modernismo, como recuerda la misma Enciclica, (cap. V, n° 54), fue condenado por el Papa Pío X en la Enc. *Pascendi*, por su "orientación fenoménica, agnóstica e inmanentista".

En el transcurso del texto, la apertura a la historicidad del dogma se oficializa como reafirmación del valor revelado

de la Tradición y del Magisterio eclesial. Se hace mención de lo dicho por la Constitución *Dei Verbum*, del Concilio Vaticano II, que, después de recordar que la palabra de Dios está presente tanto en los textos sagrados como en la Tradición, afirma claramente que la Tradición y la Escritura constituyen el depósito sagrado de la palabra de Dios, confiado a la Iglesia. La "suprema norma" de la fe de esta proviene de la unidad, puesta por el Espíritu Santo, entre la Tradición, la Escritura y el Magisterio de la Iglesia, en una reciprocidad tal, que los tres no pueden subsistir de forma independiente. (Cfr. *Fides et Ratio*, cap. V, n° 55).

Al inicio del II Capítulo, hay una referencia e una amplitud geográfica, además de temporal, de la Revelación, ya que, más allá de la sabiduría del antiguo Israel, los textos bíblicos sapienciales contienen la riqueza de la sabiduría de otras antiguas civilizaciones y culturas, como Mesopotamia, Egipto y el Oriente. La Enciclica reconoce, asimismo, una universalidad de la sabiduría en la filosofía (v. Introducción). Sin embargo, se declara, ésta es insuficiente, incluso ante sí misma, para resolver el enigma de la existencia humana (n° 21), de modo, que la Revelación no es accesoria para el hombre, sino que culmina sus ansias de saber y de darle sentido a la existencia.

Un principio sobre el cual insiste el documento pontificio es la afirmación de la unidad de la verdad (cfr. cap. III, n° 34), fundada sobre el principio de no contradicción. Tal principio se toma como fundamento de la unidad, no separación y no contradictoriedad entre fe y filosofía, como asimismo del compromiso necesario de la filosofía con respecto a la fe.

Revelación, fe y filosofía.

Como se ha oportunamente observado (cfr. Mons. Rino Fisichella, Obispo auxiliar de Roma, *Revelación, fe y razón*, en *L'Osservatore Romano*, 13 de noviembre de 1998) el núcleo de la Enciclica es la Revelación, de modo, incluso, que, si no se refiere el contenido a este núcleo, todo queda colgado en el vacío. La búsqueda de sentido por parte del hombre, que se da en la filosofía, tiene, así pues, un nexo profundo con la revelación de Dios. El prelado citado hace notar que, mientras la constitución conciliar (del Vaticano II) *Dei Filius* defendía el camino del conocimiento por fe, la Enciclica *Fides et Ratio* explicita la vía de conocimiento por revelación.

Así pues, el Papa destaca en la Introducción, la dignidad de la filosofía como medio para progresar en el conocimiento de la verdad, haciendo más humana la existencia y como capaz de mostrar que el deseo de verdad pertenece a la naturaleza misma del hombre. Sin embargo, observa que, en nuestro tiempo, la búsqueda de la verdad última "parece a menudo ensombrecida" (Introducción, n° 5) y, con la filosofía, la razón se ha doblegado sobre sí misma, haciéndose incapaz de levantar la mirada hacia lo alto para atreverse a alcanzar la verdad del ser (cfr. *ibid.*). "Así pues - escribe Mons. Fisichella - la revelación es el camino real que se ofrece a la razón para que vuelva sobre sus pasos y reanude su esfuerzo especulativo", sobre todo a través de la presentación del Misterio, como el espacio ofrecido a la razón para avanzar más allá de ella misma, con la cual perspectiva, el sujeto reconoce que el objeto de su conocimiento es siempre más grande de lo que él puede abarcar.

A la luz de la armonía con la Revelación y, así nos parece, con el principio conexo y repetidamente afirmado, de la unidad de la verdad, la Enciclica le presenta exigencias fundamentales a la filosofía y se preocupa por sus posiciones que parecen irreconciliables con la Revelación. Aquellas son: la afirmación que la existencia humana tiene un sentido; la afirmación de la capacidad del hombre para llegar al conocimiento de la verdad en sí (*la adaequatio rei et intellectus*); la formulación de una filosofía de alcance auténticamente metafísico, necesaria tanto en el conocimiento de tipo sapiencial como en el conocimiento del bien moral, cuyo fundamento es Dios como Sumo Bien. A estas condiciones podemos unir aquellas que los libros sapienciales de la Biblia le presentan a la razón, abriéndola, así, al camino del misterio: 1) Tener en cuenta que el conocimiento humano es un camino que no tiene descanso. 2) Eliminar el orgullo de creer que todo conocimiento es fruto de una conquista personal. 3) Fundar el conocimiento en el "temor de Dios".

Las posiciones que se mencionan como irreconciliables con la Revelación son: todo tipo de fenomenismo radical, de relativismo, de materialismo, de inmanentismo y de panteísmo. Lo son, asimismo "la nefasta separación" entre fe y razón, de raíz nominalista; el fideísmo; el racionalismo; el ontologismo; el positivismo científico; el evolucionismo, el historicismo, el existencialismo; el nihilismo, del cual la última expresión es la corriente posmoderna.

La Revelación cristiana, así pues, como conocimiento de verdades que complementan las posibilidades cognitivas naturales, es declarada capaz de salvar al hombre de los reduccionismos contemporáneos que le hacen perder el sentido integral de su existencia. Sin embargo, conforme a la tradición católica, no fideísta, sino confiada en la vocación y capacidades cognitivas del hombre, lo hace no ignorando la razón humana, sino animándola a retomar confianza en sí misma.

Filosofía e intellectus fidei.

Insertándose profundamente en la tradición católica, basada, como se ha visto, en el binomio *credo ut intelligam et intelligo ut credam*, el Papa afirma la dignidad de la filosofía, y un renovado interés por la fundamentación filosófica de la fe y por una teología dogmática, una teología moral y una teología fundamental capaces de utilizar la aportación de la filosofía de manera conceptual y argumentativa.

Le hace un llamado a la filosofía para que, en la situación de hoy en día, tan atravesada por una "crisis de sentido" y ante el fenómeno actual de la fragmentariedad del saber producida por la multiplicidad de los puntos de vista, a menudo científicos, sobre la existencia humana y sobre el mundo, y frente al desinterés o la desesperanza de hallar un sentido, "encuentre de nuevo su dimensión sapiencial de búsqueda del sentido último y global de la vida" (cap. VII, n° 81). Tal fortalecimiento de la filosofía está destinado a procurar un fortalecimiento de la fe: "La fe, privada de la razón, ha subrayado el sentimiento y la experiencia, corriendo el riesgo de dejar de ser una propuesta universal. Es ilusorio pensar que la fe, ante una razón débil, tenga mayor incisividad; al contrario, cae en el grave peligro de ser reducida a mito o superstición" (cap. IV, n° 48).

En la perspectiva pontificia, la filosofía no es autónoma en cuanto a su fin, ni a su misión, ni a sus resultados, lo cual conlleva que tampoco lo es en su fundamento metodológico,



no obstante que a la filosofía y a las ciencias la Enciclica les reconozca su puesto en el orden de la razón natural y su método autónomo (v. cap. I y Conclusiones). Entendemos que tal autonomía metodológica siempre se limitará al rigor intelectual que debe poseer una filosofía como *ancilla fidei*, que, en ningún momento es conceptualizada como instrumentalizada a una acción proselitista de escasa valía intelectual.

Dado el vínculo entre razón y revelación, del que acabamos de hablar y el carácter central de ésta última, no nos extrañan las condiciones y requisitos puestos a la filosofía y el retomar la antigua definición de ella como *ancilla theologae* (cap. VI, n° 77).

Hay, sin embargo, nos parece, un dualismo entre una posición más pesimista en cuanto a las posibilidades de la filosofía y a la legitimidad de la pluralidad de sus posiciones y su progreso, basada en la doctrina del ofuscamiento de la razón por el pecado y de su alejamiento de la Verdad (cfr. cap. II, n° 22). Se afirma que el Magisterio debe entonces sostener la filosofía e indicarle cuáles presupuestos y conclusiones son incompatibles con la verdad revelada. Esto nos recuerda el fundamento doctrinal católico-tridentino, de la naturaleza humana que ha permanecido después del pecado, pero debilitada y necesitada de apoyo y orientación. Se dice que la fe libera a la filosofía de la presunción, tentación típica de los filósofos (cap. VI, n° 76) y, según varias expresiones de la Enciclica la filosofía, para servirle a la fe y a la teología, debe tomar camino de regreso: volver a la "*philosophia perennis*"; "recuperar" una "tradición" "perennemente válida" (Conclusión, p. 156).

Por otro lado parece haber otra posición, inspirada en una mayor amplitud, y confianza en la razón, capaz "de levantarse más allá de lo contingente para ir hacia lo infinito" (cap. III, n° 24), que se nota ya en la Introducción, y que reconoce una universalidad del pensar filosófico y de la búsqueda de sentido de la existencia en la filosofía; que aprecia aquellos intentos de filósofos católicos de nuestro siglo que, aún fuera del ámbito tomista, lograron nuevas síntesis entre fe y filosofía (por ej. abriendo el camino hacia la trascendencia partiendo del análisis de la immanencia, o que intentaron conjugar las exigencias de la fe en el horizonte de la metodología fenomenológica (cfr. cap. V, n° 59). También se inspira en tal mayor amplitud el considerar que la "unidad profunda" de fe y razón pueda asumir aquellos "gérmenes preciosos de pensamiento", que están "incluso en la reflexión filosófica de quienes han contribuido a aumentar la distancia entre fe y razón" y que, "profundizados y desarrollados con rectitud de mente y corazón, pueden ayudar a descubrir el camino de la verdad" (cap. IV, n° 48). Entre tales "gérmenes de pensamiento" se mencionan, por ejemplo, los análisis profundos sobre la percepción y la experiencia, lo imaginario y el inconsciente, la personalidad y la intersubjetividad, la libertad y los valores, el tiempo y la historia; incluso el tema de la muerte puede llegar a ser para todo pensador una seria llamada a buscar dentro de sí mismo el sentido auténtico de la propia existencia. (Cfr. *ibid.*).

"*Omne verum, a quocumque dicatur, a Spiritu Sancto est.* Esta cita de Santo Tomás (cap. IV, n° 44) expresa una singular amplitud y una convicción de la universalidad de la verdad.

Se afirma, asimismo, sin temor a ninguna relativización del *auditus fidei*, ni de la tradición eclesial, ni del Magisterio, que es necesario el conocimiento de los sistemas filosóficos que han influido eventualmente tanto en las nociones teológicas y doctrinales, como en su expresión, de modo que se favorezca su correcta comprensión. (Cfr. cap. VI, n° 65).

La filosofía y el próximo milenio.

Juan Pablo II afirma la convicción que el hombre es capaz de llegar a una visión unitaria y orgánica del saber y considera que "éste es uno de los cometidos que el pensamiento cristiano deberá afrontar a lo largo del próximo milenio de la era cristiana". Y sigue: "El aspecto sectorial del saber, en la medida en que comporta un acercamiento parcial a la verdad con la consecuente fragmentación de sentido impide la unidad interior del hombre contemporáneo", cosa que preocupa profundamente a la Iglesia. (Cap. VII, n° 85). La filosofía, con frecuencia menospreciada por la especialización científica y tecnológica contemporánea y por el pragmatismo actual de los resultados tangibles e inmediatos, en el documento papal recibe una afirmación de importancia y la asignación de una misión para el milenio que entra.

Así pues, en la Conclusión, se hace ver la importancia de la filosofía como único ámbito de entendimiento y de diálogo con los no creyentes. De modo, que el Pontífice afirma un diálogo y colaboración de la filosofía cristiana con los enfoques humanistas, incluso no cristianos, de los problemas contemporáneos, entre los cuales se reconocen, como más urgentes, el problema ecológico, el de la paz y el de la necesidad de una ética verdadera y a la vez planetaria. La inspiración en un humanismo cristiano, que no es, evidentemente, un humanismo absoluto, está presente en el documento. Así reza el penúltimo párrafo: "Pido a todos que fijen su atención en el hombre, que Cristo salvó en el misterio de su amor, y en su permanente búsqueda de verdad y de sentido. Diversos sistemas filosóficos, engañándolo, lo han convencido de que es dueño absoluto de sí mismo, que puede decidir autónomamente sobre su propio destino y su futuro, confiando sólo en sí mismo y en sus propias fuerzas. La grandeza del hombre jamás consistirá en eso. Sólo la opción de insertarse en la verdad, al amparo de la Sabiduría y en coherencia con ella, será determinante para su realización".

LA HISTORIA DE I

(RELAJO)

Hermann Sebastian Steffen

1. El individuo

El Individuo (a partir de ahora conocido como I) ingresó en la habitación. El reloj marcaba las 21:27. El reloj mentía. I interrogó al reloj para saber por qué mentía. El reloj no respondió. I tomó nota del hecho en su libreta de notas. Tendría que documentar muy bien sus acciones ante los Señores de Plutón.

2. Los Señores de Plutón

En realidad, los Señores de Plutón no existían, porque habían descubierto que la inexistencia tiene sus ventajas. Por ejemplo, nada de lo que hicieran, no importa cuán ruin, mezquino, burdo, violento, grotesco, obscuro, variopinto, podría ser jamás juzgado ni condenado por los Tribunales Interestelares, porque nunca había sucedido. ¿Cómo podía haber sucedido algo si los supuestos perpetradores no existían? La sola noción violaba las reglas más elementales de la lógica.

Qué bella frase. La voy a repetir. Por algo se habrá replicado: La sola noción violaba las reglas más elementales de la lógica.

Sin embargo, el que los Señores de Plutón no existieran, por más ventajas que le diera a los Señores de Plutón, también les implicaba significativas desventajas. Por ejemplo, nadie los podría, racionalmente, acusar de haber perpetrado el funesto atraco contra el Banco Megalopolitano, Sucursal West View, en que murieron siete y se robaron siete millones de dólares. Al no existir, no pudieron haber matado a los siete. Por ello mismo, no obstante, el delito no podía haber ocurrido; y los integrantes de la fétida banda no tenían más opción, al concluir el día, que reconocer que sus ingresos malhabidos, al igual que ellos mismos, eran inexistentes.

3. Tarjeta de Crédito

I no se sentía muy a gusto al empleo de los Señores de Plutón. Para comenzar, el que fueran inexistentes implicaba que su paga también resultaba fantasmagórica. La única manera como se mantuvo a flote fue gracias a su tarjeta de crédito, que había solicitado y obtenido en nombre de los Señores de Plutón. Con esa tarjeta cubría todos sus gastos. Aunque la Empresa de Tarjetas de Crédito (ETA) nunca pudo cobrarles un centavo a los Señores de Plutón (por no existir), nunca pudo acusarlos formalmente de haber incurrido en fraude financiero (por la misma razón). Visiblemente sonrojada, nunca se atrevió a demandar por la vía penal o civil a I, o sea a convertirse en el hazmerreír de la galaxia al acusar a un individuo (a partir de ahora conocido como I) de haber sido cómplice de peligrosísimos criminales que no existían.

Es más, ni siquiera le cortaron el crédito, por el temor a que un ataque repentino de eso que algunos llaman ira, y otros enojo, y otros maldadización (pero a estos no los invitamos a nuestros asados dominicales, somos muy selectivos), indujera a quien llamaban I a denunciar los ofensivos cargos ante el tribunal del pueblo, donde hubiera sido absuelto sin la más mínima de las dudas, porque había distribuido con precisión milimétrica regalos adquiridos con su tarjeta de crédito entre la población, de acuerdo con estadísticas demográficas precisas. Su sonrisa, su mandíbula, su apretón de manos...

Fue así como llegó a ser presidente de la nación más importante del cosmos: Estonia.

4. La importancia de Estonia

Hay quienes se han mofado de la importancia de Estonia. El siguiente alegato pretende confundir y avergonzar a quienes han dicho tales cosas. Para comenzar, Estonia lleva con holgura el primer lugar en el consumo de mosquitos. No hablo del consumo inadvertido de quien bosteza y slup; hablo de quienes deliberadamente deciden que tendría sentido dedicar una parte sustancial de la vida a la cacería bucal de mosquitos. Es en este campo que Estonia no tiene que pedirle permiso a nadie para ascender al podio como un estado primus inter pares.

5. La primera escena erótica

El Dragón del último Misterio dormitaba intranquilo. Su cueva de asbesto retumbaba con el estruendo de sus ronquidos igneos. Nada le hubiera gustado más que enfrentarse con un adalid que pretendiera derrotarlo y conquistar el secreto, localizado en una de las vértebras inferiores de su larga y resplandeciente cola. Le aburría poderosamente no tener contendientes.

Sin embargo, el potencial adalid, I, dormitaba intranquilo sobre un sillón color beige, recordando su infancia como niño de la calle.

No llegó a la calle (adonde pasaría los siguientes nueve años de existencia) como quien tropieza al intentar recoger una semilla de girasol que cayó al piso y se descubre de pronto de bruces en el umbral de su casa, con la acera al frente. Llegó a la calle como quien llega a la calle sin haber llegado, buscando un refugio exterior, un albergue al aire libre, un lugar donde la intemperie lo protegiera de las tormentas interiores. Buscaba sosiego de la tranquilidad excesiva de su hogar. La intolerable calma de sus días lo perturbaba.

Caminó durante muchas noches, encadenadas unas a las otras, buscando el sacrilegio que le permitiera vivir. Lo descubrió de pronto, en un rincón de una acera. Era un objeto naranja. Los rombos que lo componían impersonaban de la manera más torpe un saxofón. Retuvo durante muchos años ese absurdo adorno de plástico. Lo sacaba a veces de su mochila y lo miraba. Solamente lo miraba, y era como mirar la liberación.

Hambriento, fétido, feraz, conoció a su primera amiga. Se llamaba Gillette. Ella marchaba por el mundo buitremente, como si fuera hiena a quien las demás hienas hubieran segregado.

Una acera escuálida. Seis bolsas plásticas de basura desgarradas. El muro lleno de pintas. «La imaginación al poder». «Muqui mama picha». «Recuerda el olvido siempre; olvida el recuerdo». I mascó alguna cosa que encontró en las bolsas de basura. Se preparaba para mascar otra cosa cuando de lo que parecía ser el cielo cayó lo que hubiera parecido ser una muchacha.

Era la hora de la primera escena erótica de la sivela. Perdón, del relajo.

AMire, dijo el director. AO metemos una escena erótica aquí, o el público perderá interés. Créame. Al público le gusta el sexo. Es algo que quieren ver, ¿me explico?

APero cómo declaró el guionista. A) Pero cómo? (Có!) ¿Cómo se atreve a reducir mi noble guión a un bodrio comercial? (¿Yo escribí este guión porque tengo convicciones! Mi intención es mostrarle a mi público cuán importante es la solidaridad, cuán...)

[No, yo tampoco sé por qué hablaba tan va. Tan raro. Pero es contagio. So.]

AEscúcheme bien, Gómez. Usted es un vil insecto. Tal vez considere usted que tiene sentido insertar aquí la escena esa idiota que se armó usted, en un arrebato literario. Usted sabe, la que dice así:

[Exterior. Toma 22.]

Un fondo azul. El personaje viste de azul. Todo es azul. Nadie puede ver un carajo.

I: ¿Sabes, querida? Siempre quise...

LA COMPAÑERA DE CAMA: ¿Siempre quisiste qué, querido?

I: Siempre quise querer...

LA COMPAÑERA DE CAMA: ¿Qué estás diciendo? ¿Que me quieres? (¿Ay, arrullito! [No, yo tampoco sé lo que es un arrullito. ¿Diminutivo de arrullo? ¿Qué putas es un arrullo?])

[arrullo. M. Ronquido grave y monótono con que se enamoran las palomas y las tórtolas. // fig. Cantarillo monótono para adormecer a los niños.]

I: Siempre quise quererte...

LA COMPAÑERA DE CAMA: (Ay, arrullito! Yo también quise quererte desde siempre. Recuerdo como en el primer día cuando te miraba llegar a la Facultad de Farmacia, alto, apuesto, algo corto de estatura pero bello, algo feo, debo reconocerlo, pero simpático siempre, aunque a veces te mostrabas hosco, no, no a veces, casi siempre, bueno, siempre, excepto que nunca te portaste mal conmigo, siempre me tuviste el mayor respeto, es lo que más aprecio de vos, el respeto, aunque me lo faltaras a veces, a menudo, pero a fin de cuentas jamás pensé que me querías solamente para manosear mis pechos, estos pezones erectos que te miran ahora mismo reclamando atención, o para palpar mi talle, o para insertar tu adán en mi paraíso terrenal, la fuente de las delicias, el jardín de algunas dolencias a veces, es verdad, pero ante todo el patio trasero del placer, ese rincón tan privado como privativo...)

privativo, va. Adj. Que causa privación o la significa. // Propio y especial de una cosa o persona, y no de otras. [No, yo tampoco entiendo.]

I: Siempre quise quererte muerta...

LA COMPAÑERA DE CAMA: (Fétido morzuelo! [No, yo tampoco sé lo que es un morzuelo.] Lo sospeché desde el primer día. (Sí. No. Ahí. No, un poco más abajo. Mmmmmmm.) Me aborreciste desde el primer día, ¿no? Te dijiste: «Una mujer con dinero. ¿Juzgaste que no era del todo repulsiva. Tal vez incluso te atrajo el lunar que tengo a la derecha y un poquito arriba del ombligo. Pero lo que pensaste, ante todo, fue lo siguiente: «No durará muchos años. Me apropiaré de sus bienes, y después retozaré con sílfides y con rameras. «No podés negarlo. Es tu designio.»

I: Siempre quise quererte muerta de amor...

LA COMPAÑERA DE CAMA: (Ay, mi amorzuelo! Yo también debo confesar que siempre quise quererte que me quisieras. (Mmm. Sí. Un poco más lento, para saborearlo. Mm.) Confieso que no siempre me consideré digna. Cuando te dignaste verme a mí, la humilde hija de unos campesinos que cosechaban todos los días sus pobres remolachas para venderlas por un escupitajo en el mercado, pensé que habías perdido la razón. Yo, la más baja de las bajas X porque incluso en el gremio de quienes cultivan la remolacha debo confesar que mi familia es bastante malvita, y de toda mi familia, de quienes tienen la peor opinión es de mí. Pero me quisiste, a pesar de que lo único que podía ofrecerte, pérdida de mi, eran catorce niños que te señalarían orgullosamente como su papi.

I: Siempre quise verte muerta de amor por mi...

LA COMPAÑERA DE CAMA: (Por supuesto, mi amor! Si te venero... Sos para mí una loca pasión un defecto del sol, un capullo entumido. Tus fauces me complacen, tienes algo de reptil aletargado, de comeción de miel. Cuando tus tallos se serenan bajo el sol, siento un latir, un devenir, un despertar en una habitación desconocida vistiendo un negligé de seda de un color realmente repugnante. Es como si las cascadas naufragaran. Como si solo sintiendo lo que siento pudieras presentir lo que se avendrá. Tendrás tormentas terribles. Y me aferraré a vos, porque te amo...)

I [revelando su verdadera naturaleza hamletiana, que francamente procuraremos discontinuar]: Siempre quise verte muerta de amor por mi cadáver.

LA COMPAÑERA DE CAMA: ¡No, eso sí que nunca lo permitiré! (Sí, no. Ahí. Ay. Ay.) (¿Te prohíbo que mueras! (Tienes que resistir! (Tienes que vivir por los catorce niños que todavía no han nacido pero algún día te señalarán con gran orgullo como su papi!))

6. La primera escena erótica (revisión)

AVEa, Gómez, (esta escena es pútrida! Ni la peor telenovela se atrevería a televisarla. Se les caería la cara de vergüenza, y ojo que son bien caraduras, ¿eh?)

APues si no le gusta, Gómez, ¿sabe qué puede hacer con el guión? (No voy a comprometer mi integridad profesional y artística cediendo a los blandos gustos del tímido Hollywood de hoy! (Son tan políticamente correctos, y tan cuidadosos de la bottom line, que no han hecho algo que muestre cierto atrevimiento desde... desde...)

[El que los dos se llamaran Gómez es un inconveniente que lamentablemente no pudimos prever. Pedimos disculpas al público lector.]

APero usted no me entiende, Gómez, dijo Gómez. AYO no quiero que ceda de ninguna manera. Más bien lo que quería pedirle es que salpimentara la escena... usted sabe.

AH, ya le entiendo, Gómez, dijo Gómez.

Al regresar de su coronación como presidente de Estonia (el país era tan primitivo en sus costumbres que todavía tenían la costumbre de coronar a sus gobernantes), I se retiró a sus aposentos para quitarse la calurosa vestimenta ceremonial y enfundarse una pantaloneta y una camiseta. (La camiseta anunciaba la prestigiosa marca de radiadores Ruge. Pero esto no tiene la menor importancia.)

Al ingresar en su habitación, sin embargo, I se encontró con que su cama había sido invadida por tres sílfides y una ramera.

A Vení acá, papucho, dijo la primera de las tres sílfides y una ramera, cuyo nombre resultaría ser Betty.

Lo mismo dijo la tercera de las tres sílfides y una ramera. La segunda calló, provocando un violento arrebato en I. Siempre se había sentido excitado por mujeres que parecían ocultar información vital para su supervivencia. Eran mujeres que custodiaban un secreto. Sobre la cuarta, solo podemos decir que algún día sus acciones en la bolsa de valores de Nueva York le hubieran deparado una riqueza fabulosa, de no haber sido por haber muerto antes cuando un coche bomba de Sendero Luminoso, pero para qué seguir.

Se aproximó a la cama, desvistiendo lentamente. Lo primero que se desenfundó fue su armadura medieval, que había portado esa tarde por haber participado en uno de esos festivales que la gente de los países ricos se puede dar el lujo de festejar, en que gente de plata se viste de armaduras medievales y combate entre sí sin combatir, después de lo cual se van a tomar unos tragos en el Country Club.

Después se despojó de su uniforme de carpintería.

Las próximas prendas en abandonar su cuerpo fueron las de su traje entero, de un gris perlado muy atractivo, admirablemente acompañado por una camisa impecablemente blanca y una corbata carmesí con un delicado arabesco dorado.

Después de deshacerse de sus jeans, y de su traje de buzo, y de su traje de bombero, se despojó en su espléndida desnudez ante las tres sílfides y una ramera. Ellas no pudieron sofocar una exclamación al notar las espléndidas proporciones de su codo derecho.

AHORA SI, BIEN HEAVY!

Ellas le masticaron los pezones. Seda azul, lámpara ambarina.

Le lamieron los testículos. Las cortinas estaban allí como si tuvieran todo el tiempo en el mundo. Alguien las abrió por las mañanas. Alguien las cerraba por la noche. Nunca protestaron. Era como si solo les importara ser. Ser cortinas.

El les lamió los pezones. Lo más divertido de todo era que diferían en tamaño y proporciones. Este era pequeño y algo sonrojado. Aquél tenía cierto aire de barítono. Y este por que me guiña un ojo, si por definición no tiene ojos? Y sin embargo juraría que me guiña un ojo: muestra una cierta inclinación irreverente a la izquierda y abajo, una como sonrisa en lo que creo se llama la aureola. Realmente hubiera sido mucho más placentero si el closet no hubiera sido hecho de plywood.

Las sílfides y una ramera se desvanecieron, y solo quedó Ella. Después de todo, las sílfides y una ramera no eran reales, lo cual les hizo sumamente difícil mantenerse presentes. Además, las libertades que se había estado tomando con las inexistentes sílfides y una ramera la habían irritado y hecho regresar a Plutón. Tampoco podemos dejar de reconocer que el uso de la palabra Aramera molestó a varios de nuestros anunciantes, pese a nuestras repetidas aseveraciones de que para nosotros significa ATriciclo de cuatro ruedas. Por alguna razón que nunca comprendimos, sostuvieron que nuestro argumento era Aespecioso, palabra que ni nosotros conocemos. ¿Querrán decir Aampuloso? ¿AFractal? ¿ADecimonónico?

APero ¿sos Ella? exclamó I, al descubrirla desnuda sobre la cama.

Ella le dio una merecida bofetada y lo tiró hacia ella. Quería sentir una vez más ese fuego ciego.

Sudor. Una gaviota en vuelo. Esa llave que no consigue ingresar en el llavín de la puerta de la Biblioteca Nacional. Un adolescente con el pelo rapado que masca chicle en un campo de fútbol y se contempla las uñas, una de las cuales está pintada de rosado con una luna plata. La epidermis me parece muy cómica, reflexiona I. Me parece muy high tech. Vela: esa piel que abraza. Es impermeable. No es abrasiva. Y sigo columplándome mientras abajo este rostro querido que parece contorsionarse de dolor, pero no es eso, y esos pechos que dialogan con mi pobre pecho como dejándole saber quién es quién, y hoy ardo, y hoy me incendio, y hoy me quemó...

A) Te gustó más esa escena, Gómez? dijo Gómez.

7. Un típico discurso

I comprendió muy pronto que el cargo de presidente de Estonia le traía pocas gratificaciones, pero sí muchos dolores de cabeza. Para comenzar, no hablaba estonio, si estonio era la lengua que hablaban en ese país, una lengua gutural, epiglotal, casi paquidérmica. No entendía cómo había llegado a convertirse en presidente de este país si ni siquiera hablaba la lengua. Participaba en las actividades oficiales—la inauguración anual del parlamento, el recibimiento de nuevos embajadores—como un zombi, sin entender una palabra de lo que decían sus interlocutores oficiales. Cuando llegaba el momento de hablar, decía lo que se le ocurriera, a veces en francés, a veces en alemán, a veces en polaco (había aprendido algo de polaco durante su permanencia, bajo otro nombre, en otra novela).

Un típico discurso suyo era el siguiente:

A Queridos conciudadanos: Es con un profundo sentido del honor que me dirijo a ustedes para dirigirles la atención hacia este noble ejemplo de lo que se puede hacer cuando existe voluntad y existen ganas, que no es lo mismo por más que lo parezca. He recapacitado numerosas veces acerca de la importancia de lo que hemos venido a hacer aquí, y sin embargo debo confesar, trémulo, que la importancia trascendental de lo que aquí se está celebrando es algo que me deja frío, te lo juro. El que tantos millones de dólares se hayan gastado en la adquisición de una chamarra color caqui que vestirá una vez al año la persona afortunada que haya tropezado frente al ayuntamiento mientras estornudaba un miércoles es algo que, francamente, me confunde. Pero no nos llamemos a engaño. ¿Por qué carajo nos llamaríamos a engaño? ¿Qué significa >llamarse a engaño=? ¿Sobre todo en estonio? »

En ese momento, invariablemente, la multitud irrumpía en vítores. Estallaba en aplausos. Explosionaba.

Los agentes de seguridad lo alejaban con rapidez de la muchedumbre que, extasiada por sus palabras, melifluas como el éter, les provocaban estertores y convulsiones de gozo. A ¡Qué maravilla! declaraban. A ¡Por fin un presidente a quien no le entendemos una sola palabra! Ya hemos tenido lo suficiente con presidentes y presidentas que parecen tener sentido, y a fin de cuentas enchiladas poblanas sin la salsa pero con toda la tortilla... »

[No, no conozco esta expresión. Me parece algo raro que estonios que se respeten hablen con estas imágenes mexicanas, pero tal vez es un problema de traducción.]

Illegaba al Palacio Presidencial exhausto. Una sílfide presidencial atendía sus necesidades más inmediatas, y después él se reclinaba en el diván a reflexionar, sus pies perfumados por el sándalo proporcionado por la sílfide.

ASoy yo, se decía. AUn tipo normal. Alguien como cualquier otro. ¿Cómo terminé siendo el presidente de Estonia? ¿Ni siquiera hablo la lengua! »

Se ponía a reflexionar en sus soles. Tenía tres. Uno normal. Otro algo atardecido. Otro que parecía corresponder a las tres de la tarde, o tal vez más tarde, la hora esa precisa en que todo adquiere un resplandor dorado pero antes de que vengan a decretar su imperio las sombras.

Un momentito. ¿Cómo se atreve a hablarme así?

¿Uh?

Mire, se lo voy a decir una sola vez. Yo no permito que nadie me hable en ese tono.

¿Pe?

Ni un pero conmigo. Le digo que no. Y no es no.

Nunca más volvería a ver esos rincones sombreados donde almacenaban botellones de vino, grandes jarros llenos de albahaca, dos strillos. Sabía que mañana tendría que partir muy de mañana. El sol apenas despuntaba cuando se alejó de lo que había sido hasta entonces su morada.

Pensó entonces en su amiga Gillette.

Nadie sabía por qué le habían puesto así. Pero era afilada como ella sola. Había crecido en las calles de Bogotá. De alguna manera había logrado sobrevivir. Pero sobrevivir tiene un significado secreto: A vivir sobre el dolor, ese dolor que no se va nunca. Su dolor no se fue nunca. Bueno, solo una vez. Realmente no quiero ser repetitivo, pero sucedió después de hacer el amor. Sintió de pronto que solo los vacíos que deja el cielo al pintar negligentemente el cielo de celeste, o gris, o lo que fuera.

Gillette no se andaba con rodeos.

Un moscardón bajo el pecho. Siete soles enlazados. Bajo el resplandor, un odio. Detestaba al Rey del Mar.

Era la hora de que dejara de ser la hora.

8. Moscas sobre la mesa

Luego de un largo viaje suborbital, I llegó a la tierra adonde nadie nunca llega. Como era la tierra adonde nadie nunca llega, no se puede decir strictu sensu que hubiera llegado allí. En cierto modo, arribó, pero sin arribar del todo. Llegó sin llegar, como quien llega a algún lugar en donde nunca ha estado y no estará nunca, ni ahora ni después.

Durante lo que solo puedo llamar su no-permanencia en la

tierra adonde nadie nunca llega, vio cosas que le pusieron los pelos de punta. Rinocerontes ensangrentados. Unas migajas de pan que habían sido Einstein y lo seguían siendo, pero sin la capacidad de proferir una palabra, de dibujar una ecuación en la pizarra. Un alarido sordo. Moscas sobre la mesa: muchísimas moscas.

Se encontró con un alma caritativa. El alma caritativa le dijo: «Ten cuidado. Has recorrido numerosos continentes. Tienes ganas de no tener ganas nunca más. Es una mala señal. El que no llora, no mama. Tienes que querer. Si no quieres, es enteramente factible que dejes de querer. Y quien no quiere, no existe. Estás poniendo en riesgo tu existencia misma, al no querer. Lo único que te mantiene aquí es que quieres no querer. En el momento en que dejes de querer siquiera eso, no querer, dejarás definitivamente de querer: de existir».

El alma caritativa partió entonces, aleteando. Eran cuatro sus alas; cuatro, sus patas; seis, sus cabezas: una de cisne, otra de búfalo, dos de escorpión, una invisible, otra con rasgos levemente humanos excepto que no lo eran del todo, y ello incomodaba profundamente.

Hubo cataclismos en el Asia Central. No sé si ha sufrido usted alguna vez un cataclismo. Le aseguro, por experiencia propia, que son muy desagradables. Recién ayer sufrí un maremoto en mi codo izquierdo, y no se puede imaginar lo que duelen.

I pensó en lo dicho por el alma caritativa. Comprendió que había mucho que no comprendía. Quiso conocerse a sí mismo, pero no supo dar consigo. «Vámonos a ver», se dijo. «Soy el presidente de Estonia. ¿Ello me dice algo sobre quién soy en realidad? Y si no sé quién soy, ¿puedo decir que soy? Si la pregunta no es ser o no ser, sino cómo no ser, ¿hay maneras diferentes de no ser? ¿Diferentes sabores, por así decirlo? No ser vainilla. No ser chocolate. No ser fresa. No ser pistacho».

I comenzó a pensar en sí mismo como el Inexistente. Lo más irónico es que tenía toda la razón. I no existía. No existió nunca. Era un personaje de ficción.

El comprender esto lo deprimió muchísimo. Démos gracias, nosotros, quienes existimos, por el inusual privilegio de existir. Si pensamos, además, que existimos sin habérnoslo ganado, sin haber pasado ningún tipo de examen, sin haber proporcionado nuestras razones para existir, sin haber dicho a ningún jurado «Quiero existir para poner fin al hambre en África», comprendemos que disfrutamos de una condición inmerecida, que pertenecemos a la élite de quienes existen, y quienes no existen tienen todo el derecho de resentir nuestra existencia, y si el día de mañana se levantan en armas y nos masacran a todos lo tendremos bien merecido, víctimas del Ejército de Liberación de los Inexistentes (ELI). Mártires de nuestro existir, habremos, de cierto modo, justificado nuestra existencia.

Pero estoy divagando. De vuelta a nuestra historia.

9. La mujer del abanico verde

Esto sucedió después.

La mujer del abanico verde se aproximó al Inexistente (léase I). Los cráteres subterráneos deslumbraban con su belleza. Las azalias intoxicaban con su perfume persistente, más denso que las obras completas de Heidegger traducidas al finlandés. El estruendo del mar. Sobre la terraza, una silla, I, y la mujer del abanico verde.

La mujer se sentó sobre la silla. I descansó sus posaderas contra la balaustrada de la terraza. Sus cincelados rasgos faciales, profundamente varoniles, tenían algo de afeminado. Lo había invadido una serenidad que lo intranquilizaba profundamente. A fin de cuentas, no era más que un buzo metafísico. Más bien, lo hubiera sido de haber sido. Pero como no era, no lo era.

«Sos una especie de cautiverio», le dijo la mujer del abanico verde. «Cada mañana, al despertar, detecto tu ausencia entre las sábanas y pienso en arañas, en atardeceres. Sos el único plagiador auténtico que conozco. Tus ardeces son cósmicos. Hay en tus mentiras tanta verdad que si hubiera más el universo mismo se partiría en dos. Tus misterios decimales, tu cuenta regresiva, tus silencios lacustres... todo, todo me enerva. Bésame, tirano».

Ella profirió sus labios. El los besó largamente. Lamió sus axilas hasta que la mujer del abanico verde desfallió y le dijo: «Tómame! ¿Que la senectud no descienda mientras ardan estos fierros! ¡Flan de caramelo! ¡Flan de caramelo! ¡Flan de caramelo!»

El partió al ponerse el sol. Ella, lánguida, portátil, agitó el abanico verde en señal de adiós. El jinete pensó en que sus pensamientos lo inducían a pensar, cuando lo que quería era sentir esa brisa abofetearlo mientras galopaba, galopaba, galopaba siempre rumbo a un destino incierto.

Lo esperaba el resplandor del Trópico Primero. Lo esperaban las fauces aletargadas del Dragón del Último Misterio.

10. Semillas de girasol

Fue entonces, en ese sueño, que se encontraron.

Él masticaba semillas de girasol. Ella las escupía. Supieron desde siempre, desde antes de nacer, que su encuentro sería corto, fugaz, en cierto modo indigno. Solo pudieron verse bajo la mirada insolente de Quienes Miran Siempre Todo.

«Siempre te he querido».

«Yo también. Me repugnan estas mariposas que revolotean por aquí tan amarillamente. Quisiera un cielo límpido. Un diván donde pudiésemos retorar sin que nada nos preocupara».

«Quienes Miran Siempre Todo nos vigilan, y sin embargo no me avergüenza estar aquí con vos. Más bien me siento orgulloso. Te busqué durante muchas lunas. Llevo quinientos años buscando conocerte. Nunca antes de con una señal, con un estribo. Quise conocerte pero estabas lejos, en otro sueño. Hoy te descubrí y quiero apertecerte toda. Quiero degustarte. Tenemos una eternidad delante nuestro, y una eternidad después. Sé —no sé por qué lo sé, pero lo sé— que no nos encontraremos de nuevo excepto al final de la Guerra de las Azucenas, muchos siglos después, e incluso entonces nos reconoceremos apenas tenuemente, como quien distingue a lo lejos una aldea cuyo nombre no puede recordar, y sin embargo sabe que estuvo allí una sola vez, en la Taberna del Pez y el Bosque, y las velas rojas que ardían, y el naipé intacto sobre la mesa porque todos los huéspedes discutían acerca del futuro de la humanidad».

«Y vos sabías todo lo que necesitaba saberse sobre el futuro de la humanidad. Venías de muy lejos, y allí la humanidad ya no existía. Habíase extinguido hacía unos tres mil quinientos veintisiete, no, veintiocho años. Nada quedaba de la soberbia especie excepto un zumbido subliminal, el residuo de todos sus anuncios comerciales».

«Sí. Me mantiene en vela a veces, en las noches de tres lunas».

«Deja que me aleje un poco».

«No lo quiero. No. Lo quiero. Quiero que te alejes».

«Quiero alejarme un poco como quien se aleja del desdén, del escapismo, de las volteretas de un peatón suicida. Quiero alejarme como se aleja el león de su guarida, como se alejan los cachorros de la eternidad, como se acerca al árbol central del mundo un aborígen para quien todo es obsidiana. Quiero que te detengas al dar un paso adelante. Quiero que, no importa lo que pase, pase».

«Pasaré. De conformidad con mis cualidades y potestades como presidente de Estonia, le otorgaré un salvoconducto».

Esta pequeña muestra de humor bastó para romper el hielo. El Titanic se salvó, al pasar por entre las dos rebanadas del iceberg sin mella, sin percatarse siquiera del peligro a que estuvo sometido. Por razones obvias, esto cambió totalmente la historia de la humanidad. Un médico que sobrevivió descubrió la cura para el cáncer de próstata. Un viajero de tercera clase, víctima de una variante particularmente virulenta de un virus, terminó por infectar a cientos de miles, decimando a la humanidad. Un poeta y dramaturgo produjo palabras que encantaron a la humanidad eternamente, o hasta que se extinguió la especie, lo cual viene a ser lo mismo, más o menos.

I se sintió trepanado de amor, incapaz de amar más. Quiso decir

adiós a su dama, pero. Las velas de su nave resplandecían allá abajo, en el puerto.

Su espada cantaba viejas canciones marciales. Era como si todas las mariposas hubieran decidido inmolarse en una nube al atardecer. Lo supo entonces: era hora de enfrentarse al Dragón.

11. Poodle Springs

El Dragón del último Misterio residía en un lujoso condominio en Poodle Springs. El porqué residía en un lujoso condominio en Poodle Springs era parte del misterio.

Había quienes identificaban al Dragón del último Misterio con la bestia del Apocalipsis. Pero eran los mismos que consideraban que los perros calientes eran intentos por socavar la moral cristiana de América al proferirle a las núbiles jóvenes de América material comestible notoriamente fálico. Hoy un perro caliente, en apariencia inocente. ¿Mañana? Dicho de otra manera, eran unos idiotas. Pero no eran cualquier clase de idiota. Su estirpe serpenteaba a lo largo de la historia humana. Habían sido los protagonistas de la Santa Inquisición. Auschwitz les parecía un burdo ensayo de un proyecto muchísimo más eficaz y contundente. Los sacrificios humanos de los aztecas les chocaban por ineficientes. ¿Tan solo cuatrocientos corazones como cosecha de una tarde colibrí, de una tarde huitzilopochtli?

Enmascarados invariablemente, y flamantes, había espadachines que pensaban de otro modo. Para ellos, el Dragón del Último Misterio era una especie de acertijo. La plenitud del medio día lo encontraba libélula; la media noche, símbolo heráldico de una familia cuyo heredero final había fenecido hacía muchos siglos al caer de un risco mientras las begonias Para ellos, el Dragón no debía ser derrotado sino seducido. Seducido con plancton. Los desafortunados gendarmes de una ciudadela siempre negra, siempre, negra, lo circundarían. Acusado del trasiego de exabruptos, de ilusiones desencantadas y por ello disponibles a mitad de precio, se lo procesaría y al darse a conocer el veredicto lápices azules, paladines, desperfectos puramente técnicos, mandolinas. Sobre todo demasiadas mandolinas, hasta asfixiarlo. Y ello sería su terrible castigo por haber sido... bueno, por haber sido dragón, libélula, símbolo heráldico.

Otra escuela, de influencia tibetana, sostenía que el dragón era burfálico, roncosopórico, lengüalmide, matricorrósico. Los telescopios se negaban a revelar su verdad, y una sola llama, persistente, musitaba cosas que otras voces hubieran dicho a gritos. Un sopor celestial parecía ser la tónica reinante.

I decidió ignorar todas estas ideologías. «¿Soy acaso un lemur?» se preguntó. «¿Necesito visa para visitar el living? ¿Me atormenta acaso la memoria de un amor que nunca fue después de haber sido para siempre? ¿Hay marsupiales en mi vida?»

Respondió a todas estas interrogantes negativamente. Blandió su espada. Su casco megacelular se activó. Había llegado la hora de enfrentarse al Dragón del último Misterio.

12. El sideródromo

Había llegado el momento de enfrentarse al Dragón del último Misterio. I recurrió a su fiel tarjeta de crédito para hacer las reservaciones del caso, adquirir un nuevo y resplandeciente guardarrropa, enviarle dos docenas de rosas a cierta jovencuela de Plutón, inexistente pero cada a retozar, y comprar un saxofón. El saxofón, deslumbrante, lleno de clavijas, era de importancia capital, como se verá luego.

El sideródromo se encontraba casi vacío a tales horas de la madrugada. Unos helechos gigantes discutían sobre el precio del agua de colonia en la tienda libre de impuestos. Un molusco completaba el crucigrama del Times de Londres. Una media docena de hombres cebra, impecablemente vestidos como siempre con su smoking, fumaban pitillos de hashish y consumían portentosos martinis en el bar.

I procuró constatar la hora en su reloj de pulsera. El reloj afirmaba que eran las cuatro menos veinte. El reloj mentía. I suspiró.

Como quedaban algunos minutos antes del vuelo (aunque no sabía exactamente cuántos, porque el reloj mentía), se sentó en uno de los sillones de la sala de espera — pese a considerarlos aborreciblemente beige— y comenzó a divagar.

Recordó su lejana infancia. Tan lejana que ni siquiera el transbordador transespacial que pronto abordaría podría llevarlo a ella en menos de lo que canta un gallo que se considera un divo y por lo tanto no cantará porque sí, cuando amanece, sino tan solo cuando su agente ha organizado una fundación en el Carnegie Hall con siete meses de anticipación, e incluso entonces, temperamental, es capaz de cancelar la función, por ejemplo, los vermicelli no están al dente, y todo el mundo adora al gallo por su arrogancia, bueno, no todo el mundo, los capinteros no, ni los plomeros, ni las enfermeras, ni las azafatas en ese vuelo que I pronto tomara, sino tan solo el mundillo de la ópera, cuatro gatos con demasiado dinero y demasiadas conexiones y demasiado tiempo libre que cuando rien braman y acostumbra usar corbatín y tirantes, y desconoce el orgasmo femenino pese a haber leído seis o siete libros sobre el tema, todos en la lista de best-sellers del New York Times, pero igual se consideran integrantes de una casta privilegiada, de una élite, porque adoran al gallo temperamental que tal vez canta esta madrugada pero tal vez no, y eso les provoca un friso de grata incertidumbre.

En su infancia, I fue un niño de la calle.

No encajaba en los patrones habituales de los niños de la calle. Su padre no era alcohólico. Su madre no era prostituta.

El padre era sacerdote de una secta evangélica que sostenía que hay dos Jesuses en lugar de uno, y al leer los Evangelios es importantísimo saber distinguir uno del otro, porque uno era el Cristo y el otro el Anti. La madre era una ejecutiva de alto rango en una empresa que fabricaba rodines, y su handicap en el golf era de los que ya te cuento.

El padre era servil, incluso abyecto, con los fieles que acostumbraban contribuir más de seis mil dólares al año al templo. Si alguien contribuía tan solo cinco mil noventa y nueve dólares con noventa y nueve centavos, los trataba con un desdén que rayaba en la insolencia. Superado el mágico número, sin embargo, era todo cordero, todo gato que ronronea y frótase contra las piernas del donante.

Encambio, su mujer no toleraba la menor impertinencia. Imperterrita mascadora de chicle, no hubo un solo ser humano con quien se hubiera cruzado, excepto quizás en sus primeros meses de vida, con quien no había tenido un argumento. Si alguien se quejaba del alto costo de la vida, ella le criticaba por no apreciar el elevadísimo nivel de vida de que disfrutaba. Si alguien elogiaba a cualquier político —no importaba quien fuera, Richard Nixon, Fidel Castro, el presidente de Estonia— la madre de I no demoraba en demoler a la figura en cuestión, demostrando contundentemente que era un bellaco y un villano, un blastodemo menospreciativo, rey de codornices, tejedor de salismos. Si alguien se proclamaba feliz, no tardaba en deprimirlo y hacerlo sentir culpable por su dicha, cuando en el mundo había tanto sufrimiento; si alguien, en cambio, se declaraba triste, resultaba evidente que se trataba de un individuo carente de fortaleza cuyos lloriques eran vomitivos. «¿Pero cómo se le ocurre a usted, precisamente a usted, quejarse? ¿No se da cuenta de que si se ahorrra el esfuerzo de respirar por un tiempo mínimo nos dejaría a los demás valiosas cantidades de oxígeno que ahora mismo está malbaratando? ¡¡¡ajese de esa nube! ¡No comprende que su suicidio sería el primer acto generoso, y el último, de parte suya?»

Era realmente una mujer muy desagradable. Pero hay que entenderla. Su infancia no fue feliz. Sus padres —por razones complejas, pero que tienen que ver con su propia niñez— la obligaron desde pequeña a dibujar rinocerontes ensangrentados. Deténgase a pensar, intrépido y pávido lector, en lo que hubiera significado haber pasado los años más determinantes de la vida dibujando rinocerontes ensangrentados y estoy seguro que estará de acuerdo conmigo en que eso a cualquiera lo marca.

Por lo demás, el padre tampoco era muy grato. No eran raras las ocasiones en que le daba un tirón de la oreja, lo colocaba sobre sus rodillas, le daba una cariñosa bofetada, le pinchaba la nariz entre el

índice y el pulgar, le daba un beso maloliente a pesto, y le decía: «¡Vos y yo, muchacho! ¡Vos y yo! Dios es grande. Aleluya. Elige siempre al Jesús que sí, nunca al que no».

I se fugó de la casa a los 10 años.

13. Ni pies ni cabeza

«¿Gómez! La historia, hasta donde vamos, no tiene ni pies ni cabeza».

«Y ¿qué quiere que le diga, Gómez? Yo estoy haciendo lo mejor que puedo por adaptar el libro, pero...»

«¿Y de cuál libro estamos hablando exactamente?»

«Bueno, en parte en eso radica la confusión. Cuando me contrataron como guionista, me dijeron que se trataba de una adaptación de Homero. La Odisea. Comencé a trabajar en ello, y si usted viera el espléndido Telémaco que concebí... pero después me dijeron que no, que era el Ulises de Joyce, excepto que tendría que darle un cariz contemporáneo, y un cierto componente de ciencia ficción no caería nada mal».

«Hice lo que pude. Incluso creo que di con ciertas facetas inesperadas de Leopold Bloom, como viajero interestelar, que hubieran podido interesar a los literatos. Pero no. El proyecto cambió de productor. Nunca llegué a conocer los detalles pero supongo que el decreto de no permitir coca ni morfina en el set tuvo algo que ver, y el nuevo productor me dijo recién ayer que lo que realmente quería era una adaptación libre del directorio telefónico de Mombasa».

«Le juro, Gómez, que lo he leído de cabo a rabo, pero no me inspira. Hay algo que falta. Un je ne sais quoi. ¿Si se tratara siquiera del directorio telefónico de París! ¡Las asociaciones que ello me traería! Un humilde Maurice Flaubert, carnícoro, 798-9987, impulsaría a lo más alto las alas de mi inspiración. Pero ¿qué puedo hacer con un Joaquín Lumumba, 27-23-96? No es racismo, se lo aseguro. ¡Es que me faltan los referentes!».

«No se preocupe, Gómez. He conversado sobre este preciso tema con la productora. ¿O es que no le dije que el anterior productor ha sido despedido? En efecto. El estudio descubrió que era un adicto al curling. Pero le decía que la nueva productora ha decidido que el énfasis debe cambiar completamente. ¿Para qué molestarnos en adaptar libros si la gente solo lee libros cuando han sido transformados en películas exitosas? Estamos poniendo a la carroza delante del burro. Estamos golpeando al burro con la zanahoria y alimentándolo con palos. Hemos errado enteramente la estrategia. Debemos pensar primero en el primero. ¿Y qué es el primero, después de haber pensado en todo lo demás? Si descuidamos lo fundamental, ¿qué queda? ¿Qué es lo primordial? Se lo voy a decir en una sola palabra, Gómez: sexo, violencia, y sexo. En ese orden. No se deje intimidar por las argucias de los leguleyos. Hay quienes sostienen que quieren entretenimiento sano. ¡Ja! Sin mucha fe, tan solo para probar las aguas, el año pasado distribuimos un documental sobre la precepción y la salud. ¿Sabe cuántos los vieron, Gómez?»

«¿Dos mil personas, Gómez? ¿Siete mil?»

«No, Gómez. Dos. Dos personas. Y uno de ellos era tuerto, de modo que la cifra precisa es 1,5. En cambio, ¿sabe cuántas personas vieron La Vida Ignota de Mademoiselle de Stern? Tuvimos que alejar al exceso de audiencia con mangueras a presión y lanzallamas. Y eso que según encuestas realizadas por la fecha en cuestión, el 89% del exceso de audiencia no entendía qué carajos quiere decir «ignota». ¿Qué importa? Lo único que importa es una sola cosa: sexo y violencia. Y si los puede combinar, tanto mejor. En realidad no está realizando un mal trabajo, Gómez. Esa escena, por ejemplo, en que... ¡ja ja ja!... en que el individuo en cuestión... ¿cómo decirlo? introduce su codo en la axila de la protagonista, y el helado de frambuesa, y esos fuegos artificiales...»

«Lo siento, Gómez. Me temo que está describiendo un guión que nunca he escrito. A mí el helado de frambuesa me provoca urticaria. Nunca lo menciono en mis guiones».

Gómez se puso serio.

«Recuerde lo que le digo, Gómez. Sus perspectivas laborales aquí penden de un hilo. Sexo y violencia. Si no sabe proporcionarnos lo que necesitamos, no tengo la menor duda de que encontrará trabajo en algún pequeño estudio donde le cobrarán por el privilegio de escribir patéticas historias incestuosas en blanco y negro, donde nunca se menciona el helado de frambuesa. Puede que haya seis o siete salas en toda Europa Occidental que muestren su expectorante. Pero olvídense de Hollywood».

«O nos da lo que queremos, o le daremos lo que siempre damos a quien queremos dar lo que quisieramos darle a todos pero solo le damos a quienes queremos darle lo que damos. Créame. No le agradecerá para nada. La sola acción de sentarse le resultará dolorosa. El ombligo le arderá durante siete meses. La quijada... ¿pero para qué hablar de la quijada, cuando su corteza cerebral entera gemirá, cuando sus glúteos electrocutados pedirán perseverancia? Hay condiciones en que es mejor aullar que desistir. Piénselo, Gómez».

«¿Pero Gómez! ¿Usted sabe que mi incondicionalidad no conoce límites! ¿He lamido tantas pantorillas que si se contabilizara todo mi lamer, un músculo extraño hubiera prorumpido en mi espalda. Sé que no soy digno de seguir con esta película, pero le juro que si usted me permite permanecer, sus desayunos nunca serán tan sinceros. Habrá malicie en los huevos rancheros. ¡Malicie! Habrá un sabor amargo en el jugo de naranja. ¡El hedor! ¡La concupiscencia!».

«Me alegra que nos entendamos, Gómez», dijo Gómez. «Veré si consigo que le paguen sus salarios atrasados».

14. Para llegar al dragón

Para llegar al Dragón del Último Misterio, I tuvo que enfrentarse con los temidos Corsarios de la Burocracia en Armas de Filotectonia.

La madrugada lo descubrió ascendiendo por una larga saga que uno de sus cómplices había, como quien no quiere la cosa, en un acto aparente de descuido, dejado caer de la borda de la caravela Cuyo Nombre No Puede Decirse.

A esas horas, la caravela Cuyo Nombre No Puede Decirse dormitaba mecida por las olas imperterritas y violáceas del océano Cuyo Nombre No Debe Pronunciarse. Solo se encontraban sobre cubierta algunos marineros ebrios de gozo, ese potente licor que se obtiene de la fermentación de la felicidad. Todos dormían, después de haber abusado del gozo la noche anterior, por no hablar del gofio, que también habían consumido en cantidades realmente excesivas, hasta toser y toser como si el universo fuera a acabarse. (Curiosamente, el universo iba a acabarse. Ironía de ironías, fue precisamente su tos la que impidió que el cosmos concluyera. Son misterios que nos está vedado penetrar).

I se ocultó tras un barril para obtener una perspectiva más amplia de los obstáculos que se le interponían entre el lugar donde estaba y su meta: el camarote del capitán, un tal Neponomuceno R. Margulis, Director de Orquesta y Experto en Mercado. Sabía que debía llegar a la popa. Eso, y solo eso, justificaría su existencia, puesta en tela de duda por trabajar para los inexistentes Señores de Plutón. Tendría que recurrir al ardid de los papagayos, a la estrategia de los alfeniques, si su pretensión era salir con vida (y alma y corazón, y su colección numismática intacta, faltaba más) de ese antro de servicio al cliente.

Unos pasos sobre los crujientes tablones de la cubierta bastaron para que lo detectara uno de los corsarios, quien inmediatamente blandió un sable curvo, a la usanza turca, y lo amenazó con la obligación de llenar un formulario en triplicado.

I estornudó rotundamente, seis veces seguidas. Lo que la tos de los corsarios había revertido se reimpuso con fuerza: el universo dejó, concluido el último estornudo, de existir.

Claro, ¿quién quita que comience de nuevo? Hay lunas que se reflejan en estanques y de pronto son dos lunas. El laúd confiere su elocuencia al juglar de la novena comedia. Rinocerontes ensangrentados. Un gemir: las almas que nunca dijeron sí. Nunca dijeron sí. Si.

TOPICOS DEL HUMANISMO

Universidad Nacional
Centro de Estudios Generales
Apartado 86-3000
Costa Rica, América Latina
Teléfono 277-3307

MIEMBROS DE LA COMISION EDITORIAL:
Lic. Gerardo César Hurtado Ortiz,
editor
Dra. Zaida Fonseca Herrera
M.A. Ana Cecilia Sánchez Molina
Prof. Alfonso Chase Brenes

MECANOGRAFIA:
Sra. Olga Martha Rojas Bolaños

ARTES FINALES:
Victor Hugo Navarro



Impreso en
el Programa de Publicaciones e
Impresiones de la
Universidad Nacional

PRESENTACION

Es importante la religión en nuestra sociedad actual. Su vigencia nos establece los vínculos de todo fundamento filosófico radical en que se plantea las bases de un quehacer cultural propio para el hombre de nuestro momento. Es el aspecto de la razón y la fe que incitan a nuevos caminos de la esperanza y la trascendencia en el creer y en postular una actitud del pensamiento en cuanto a la misión de la iglesia y el individuo en la sociedad globalizada. El análisis de la Encíclica de J. P. II es, a través el tiempo, un documento veraz y necesario para consolidar el compromiso ante el milenio que se avecina y necesita del profundo reconocimiento en que la religión y la ciencia ayuden a los hombres a trascender sus actos en la fe y la filosofía: ámbitos que se reconcilian a pesar de los síntomas de destructividad del ser humano y la noción de amor del cristianismo.

También ofrecemos un relato inusitado de un joven escritor y sus mundos desconocidos. Su creatividad es una prueba más del vigor de la literatura costarricense en momentos de crisis cultural.

Gerardo C. Hurtado O.
Editor

Créditos

Amalia Bernardini. Doctora en Filosofía por la Universidad de Génova (1967) y por la Universidad de Costa Rica (1983), es catedrática de esta universidad y profesora en Sistema de Estudios de Posgrado; es fundadora de la Junta de Pensiones y Jubilaciones del Magisterio Nacional; pertenece a la Asociación costarricense de Filosofía. Ha publicado numerosos artículos en la *Revista de Filosofía* de la Universidad de Costa Rica. Es coautora de *La Educación actual en sus fuentes filosóficas* (EUNED, 1984), *Un estudio sobre Rosmini*; y *Antonio Arnauld, racionalismo cartesiano y teología* (EUNED, 1984).

Hermann Steffen (1959). Nació en el Hospital San Juan de Dios y espera no morir allí. Ha incursionado en el género del cuento y de la ciencia ficción.

Fotografías de portada y contraportada de *Faustino Desinach* (1959). Nació en Puerto Carrillo, Guanacaste. En 1993 efectúa su primera exposición individual. A partir de 1994 realiza una serie de contratos fotográficos por encargo, viajes al exterior y continuas muestras sobre sus trabajos. Ha publicado *Primero de mayo-Cuba 1996* (Premio Nacional Aquileo J. Echeverría 1996) y *Photographies*, de donde se toman las aquí publicadas.